

encerrar en Querétaro con Miramon, Mejía y Castillo: provocando á los republicanos á sitiarse en aquella plaza, mientras Márquez reunía en México el cuerpo de ejército y los elementos de guerra suficientes para caer sobre los sitiadores. Estos no dejaron de acudir á la audaz provocacion de los imperiales, y sitiaron á Querétaro: pero Márquez, en lugar de seguir puntualmente el plan del Emperador, fué torpemente á hacerse derrotar en Puebla por Porfirio Diaz: y volvió fujitivo á la capital, donde hizo maldecir al imperio y desear la vuelta de los republicanos, con sus tropelías y esacciones. Encarceló á los ricos para hacerles vomitar dinero, y les tuvo en pié sin silla ni cama en que reposar; echó una contribucion diaria á todo vecino que tenia algo, y cojió de leva á los indios abastecedores de viveres á la capital, para hacerles trabajar en las trincheras; privando así á la ciudad de abastecimiento. Se pagaba el maiz á cien duros y el trigo á ciento cincuenta: los pobres se morian materialmente de hambre, y unas familias vendian para comprar alimento los muebles que otras más ricas compraban para calentar el suyo. Sabiendo la catástrofe de Querétaro, dió la falsa noticia de la derrota de Juarez y de la vuelta próxima de Maximiliano triunfante: Se echaron las campanas á vuelo, y se creyó en un milagro de Dios: entre cuyo tumulto desapareció el Jeneral, y al día siguiente los liberales intimaron la rendicion á la capital.

Así cayó Maximiliano en poder de Juarez: y los periódicos que le tacharon de mal católico, de mal europeo y de traidor á su propia causa, dijeron que era un héroe y un mártir, y pidieron á grito herido venganza á Dios. ¡Ay! Dios no es ministro de la venganza de nadie. Dios castiga, pero no se vengá; porque la venganza, que pudo ser el placer de los dioses del paganismo, no cabe en el Dios de los cristianos que es la suma justicia y la suma perfeccion: Dios castiga, y nada deja sin premio y sin castigo sobre la tierra,—pero no se vengá—Dios castigará.

Por estos rápidos y desaliñados apuntes comprenderás, Pedro mio, que el *algo* que yo intentaba decirte, debia de constituir una historia de la intervencion francesa y del imperio de Maximiliano en México, *algo* diferente de como la contarán los franceses y los mexicanos: los republicanos que fusilaron al Emperador y los imperialistas que le abandonaron: y de cuya historia mia iban á desprenderse naturalmente las siguientes consecuencias:

Que el imperio mexicano fué un sueño, que no pudieron realizar Austria, Francia y Bélgica, que dieron tropas para tal intervencion: y que este desengaño debe servir á la Europa de leccion, y darla la norma de sus relaciones futuras con las Américas españolas.

Que lo que se deseaba en México por el bando anti-juarista, no era un imperio nacional mexicano, sino un imperio que hiciera triunfar su partido.

Que el catolicismo hubiera logrado más de un concordato hecho por Maximiliano, que lo que ha de rescatar de las garras de Juarez y de las de los republicanos que no dejarán el valor de dos reales de la hacienda de la Iglesia.

Que los partidos religiosos y sus periódicos de acá, deben reflexionar antes de hacer suya la causa de los partidos *religioneros* de allá: porque el *Dios* y la *libertad* de América no deben de ser los mismos que los nuestros: pues *Dios* y *libertad*, *religion* y *fueros*, y todos sus programas, sus proclamas y sus anagramas y todos sus lemas, se traducen al castellano por este: *detrás de la cruz, el diablo*: y que las palabras y las teorías son las mismas; pero las prácticas de los hombres, no es fácil que las apadrinen como suyas ni *Dios* ni la *libertad*.

Que por aquello de *morto leone, de á moro muerto, y del árbol caído*, Maximiliano tendrá por ahora que cargar con las culpas de todos —y verás como Lerdo de Tejada (que es uno de los menos lerdos de aquel país en donde nacen pocos) te prueba en su *memorandum*, como tres y dos son nueve, que sus republicanos eran inocentes é inofensivos como monjas hasta que el bribon de Maximiliano vino á degollarles como corderos.—Y verás tambien como, si los *religioneros* vuelven al poder y publican su *memorandum*, para emparejar con el de Lerdo, te prueban tambien en él que la ignorancia, la ineptitud y la terquedad del herético Maximiliano, fueron la causa de la caída del imperio; porque aquel obcecado Príncipe no se dejó gobernar y aconsejar por ellos, que le hablaban en nombre de Dios.

Que la república será de hoy más la forma de gobierno en México y en la América española: donde la Europa ha perdido toda su influencia y la mitad de su comercio futuro, por el error de Francia: y que por este error se ha burlado, se está burlando y se burlará Mexico sólo de la mitad de la Europa.

Que Juarez y sus republicanos estuvieron en su derecho al fusilar á Maximiliano, á quien nunca reconocieron más que por su enemigo: pero que abusaron infamemente de tál derecho, fusilando á un hombre cuya bondad conocian; acusándole de crímenes que jamás pensó cometer, y ponderando la necesidad en que se vieron de fusilarle para la salvacion de la patria: que no puede estar más perdida que en sus manos.

Que *nosotros* no abogamos por Maximiliano y Carlota, solo porque

ellos fuesen príncipes ó porque nosotros seamos serviles; sino porque eran unos príncipes buenos, inteligentes y deseosos de buena fé del bien y progreso de México.

Que el autor de los versos de este libro y yo, no tenemos el más leve átomo de rencor ni enemistad á los mexicanos, cuya perspicacia, talento, cortesía é instruccion hemos celebrado de buena fé en este libro, cuando de ellos nos ha tocado hablar: que pensamos dar idea de su civilizacion y de la poesia de sus costumbres y de su país, en otro libro menos ingrato; en que hablaremos de su vida, de sus haciendas, de los gallardos ejercicios de su equitacion en sus coleaderos y lazaderos; de sus bailes y sus canciones que rebosan gracia, orijinalidad y carácter: porque lo único que encontramos malo, y por lo cual no les tenemos rencor sino compasion, es su absurda, su maldita política basada en el ódio monomaniaco que tienen á Europa, y sobre todo á España (Gachúpia), cuya raza son y cuya sangre corre por sus venas. En este sentido hemos hablado de México agriamente en verso y prosa en este libro: pero protestamos que sólo considerándolos bajo el punto de vista político, y no social ni personalmente.—Sentiremos que así no lo comprendan: pero si así no fuere, tampoco nos pesará mucho; porque les daremos ocasion de mostrar su verbosa erudicion, su gracejo nacional y su agudeza chispeante de gracia flexible y de punzante malicia, al devolvernos lo que crean que les ofende. Y esto en lugar de dolernos, nos enorgullecerá: porque vendrá á corroborar nuestra asersion de que tienen mucho talento. La política les envenena el corazon, y es la única tacha de sus buenas cualidades; así que, si arrastrados por esta nacional antipatia política, nos envian en contestacion unas cuantas calumnias bien intencionadas, ó unas cuantas injurias bien personales, las recibiremos cordialmente como chistes del país; pues estamos acostumbrados á leer el PÁJARO VERDE y EL GACHUPIN, que se publicó á la llegada de Prim con la intervencion.

III.

He leído en no sé qué periódico de por acá no sé qué sobre los remordimientos de Juárez por la muerte de Maximiliano. Juárez tiene orgullo y no remordimientos de tal pecado, y no se cambia ahora por Alejandro Magno si resucitara, ni por Cromwel á quien parodia. Los remordimientos son hijos de las creencias religiosas; y vayan á preguntarle al indio Juárez cuál es su opinion sobre el catecismo del P. Ripalda. Juárez cree (y tal vez no yerra), que ha dado el cachete á la

influencia europea en América con la muerte de Maximiliano. Ha insultado impunemente á Austria y á Francia en sus Embajadores y súbditos: ha demostrado la impotencia de las intervenciones, y conserva insepulto el cadáver del Emperador para jugar con Austria al tira y afloja, ó para poner al fin un precio enorme al piadoso anhelo de la familia imperial. Este sacrilejio es lo que no le perdonamos ni á él ni á sus scenaces: pero no teniendo la vanidad de creernos competentes, para juzgar de las razones que tienen Francia y Austria para no darse por entendidas por ahora de ello, ni de la *indisposicion* de la Emperatriz, comprendemos que nuestro papel es el de irnos con la música á otra parte, y nos vamos: porque en política somos *ceros á la izquierda*: en la sociedad nuestra importancia está representada por el signo *menos*; y en los anales de la literatura patria, no somos más que una *errata* de imprenta que *desluce* una página.

IV.

Este libro no tiene en sí más que una cualidad buena: la de su inoportunidad; y de propósito hemos suspendido su publicacion hasta que fuera inoportuna y estemporánea, porque habíamos llegado á aperebirnos de que nuestros amigos sospechaban que queríamos tambien especular con el nombre y la catástrofe de Maximiliano, publicando un libro de circunstancias, cuyo éxito asegurara su interés de actualidad. Las cuestiones de Italia y de Oriente, la actitud de Prusia con Francia, y otros acontecimientos que absorben la atencion universal, hacen de la publicacion de este libro una cosa parecida á una piedrecilla tirada al mar: y nos damos de ello la enhorabuena.

El autor de estos versos y yo hemos querido á Maximiliano en México como si hubiera sido nuestro padre: hemos llorado su muerte en España como si hubiéramos sido sus hijos; y no haremos jamás de su nombre ni del de la Emperatriz Carlota un objeto de lucro, ni un medio de meter ruido ni de darnos importancia.

Consideramos á Maximiliano, desde que le vimos entrar en la capital de México, como una victima espiatoria enviada por Dios al altar del sacrificio: le vimos luchar con sus tribulaciones, sonriendo con la resignacion de los mártires: nos prodigó las más cariñosas muestras de cordialidad, mientras pudo sin riesgo nuestro manifestarnos en público su amistad: y nos apartó de sí cuando vió que se acercaba la hora del peligro. Nosotros, humillándonos ante los Juicios del Omnipotente como cristianos, nos preciamos de ser de los pocos (no osamos decir

los únicos) que conservaremos hasta nuestra última hora una religiosa veneracion por la memoria del mártir, una profunda gratitud por los favores del Soberano, una lealtad sincera á la cordialidad del amigo, y un retrato del hombre á la cabecera de nuestro lecho, cerca del de Cristo: en cuya fé esperamos morir, á pesar de nuestra locura, de nuestra profesion, de nuestros escritos y de nuestra historia.

V.

Adios, Pedro bueno y leal: nuestra intencion era enviarte un libro que nos hiciera honor á nosotros y no te avergonzara á tí.—Nuestro miserable ingenio no ha alcanzado á llenar nuestra buena voluntad: esperamos empero que, al hojear éste, tengas la agradable sorpresa de comprender que hemos perdido nuestro talento en América, pero que hemos encontrado nuestro corazon al volver á nuestra patria.

El Loco comentador.

*Sirvo al Sr. mi dueño D
José Camilo Urzúa.*

RESPONSABLE, Francisco de P. Retis.



